



Rutas a pie por tierras

DE ZAMORA

♦ Javier Sainz

La senda de la Peña de Villabuena del Puente

(La Guareña)

Unos 35 kilómetros son los que hay que recorrer desde la capital de la provincia hasta este hermoso pueblo situado en la comarca de La Guareña. La carretera que allí lleva es la que antes pasa por Moraleja del Vino y por Venialbo. Su fin es Bóveda de Toro, pero antes de llegar a esta última localidad existe un desvío hacia la izquierda que acorta las distancias hacia nuestro destino en Villabuena. Otra transitada vía de comunicación es la ruta que desde Toro enlaza con Salamanca.

El casco urbano local se emplaza sobre una suave loma, abrazada por el río que da nombre a la comarca, el cual traza por aquí un acusado meandro. Sus múltiples calles forman una trama un tanto peculiar y laberíntica, con casas que han su-

El casco urbano se emplaza sobre una suave loma abrazada por el río que da nombre a la comarca

frido una intensa renovación o son nuevas del todo. A primera vista se aprecia la fertilidad del terreno y la pujanza de la agricultura, por lo que el bienestar es un carácter destacado. Cualquier plazuela o espacio libre puede ser el apropiado para aparcar el coche, dispuestos ya para iniciar el recorrido a pie que proponemos.

El paisaje local muéstrase suave y abierto, formado por la vega principal y lomas diversas aprovechadas por entero para la agricultura. Pero en esa apacible armonía panorámica se presenta un accidente orográfico singular.

Los bordes orientales de la hondanada, en un largo tramo, están constituidos por una especie de páramo o mesetilla, de entraña rocosa, cortada en vertical hacia el pueblo. Se forma por allá una especie de violenta escarpadura, visible desde todos los lados, que es conocida como La Peña. Tal acantilado posee unos cien metros de desnivel respecto a las cotas de los llanos inferiores. De esa pendiente, cerca de la mitad cae violentamente a plomo sobre las cárcavas que actúan a modo de contrafuertes. Dado el atractivo del paraje, hemos de subir hasta su cumbre, al igual que lo hacen las gentes locales cuando se proponen una caminata más ambiciosa de lo común.

El itinerario que hemos elegido arranca de la plaza de la iglesia. Desde ella bajamos hacia el río por la calle que comunica con el puente y que de él toma nombre. Llegados a la orilla fluvial veremos una obra singular, un alarde pontonero que parece excesivo para los caudales que de común pasan bajos sus ojos. Son cinco arcos de medio punto los que forman su estructura, protegidos por tajamares angulares, desarrollados hasta una altura media. De esos vanos es mayor el central, decreciendo progresivamente de tamaño en los laterales. Se formó así una plataforma de tránsito con doble rampa no muy acusada. Todo está construido con la piedra arenisca local, excesivamente blanda para soportar una erosión agresiva. Por ello se aprecian numerosos parches, huellas de sucesivos deterioros reparados con materiales



Panorámica de la localidad

● Fotos J. S.

comunes, entre los que no se despreciaron los ladrillos. Esta admirable obra fue tendida alrededor de 1788, pagada con caudales obtenidos por los arbitrios de la venta de vinos del partido de Toro. Desde sus mismos orígenes su figura llamó la atención y siempre ha gozado de una fama singular. Recientemente han pedido su reconocimiento oficial como monumento histórico. Esa aparente desproporción de sus dimensiones respecto a la modesta presencia de los caudales que pasan por debajo es engañosa, ya que el río sufre impetuosos desbordamientos invernales que a menudo superan la capacidad de desagüe inundando las fincas inmediatas y cortando los accesos. Ante nuestra mirada, su figura horizontal, de cálidos tonos amarillentos, forma estampas hermosísimas en contraste con el verde impulso de las alamedas inmediatas.

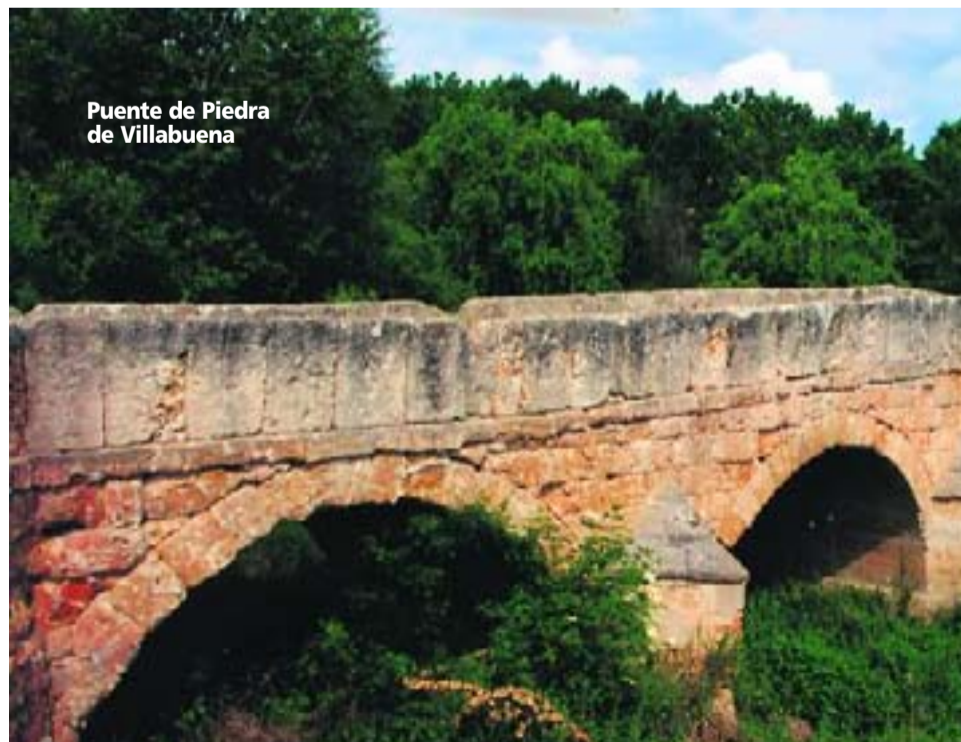
Retomamos ya el itinerario siguiendo por el antiguo camino de Alaejos, asfaltado en un amplio tramo. Transitamos por los ramales con buen firme. Así nos desviamos hacia la izquierda, en la vieja dirección de

Castroñuño, para iniciar ya el ascenso por las cuestas. Tras un kilómetro de recorrido, justo donde se acaba el asfalto arranca hacia la izquierda una carreterilla angosta, con muchos baches, que es la hemos de seguir. Subimos decididamente por curvas sinuosas hasta alcanzar la cima de la peña. Arriba, a la derecha, se presenta una planicie desnuda y pedregosa, arada como todo lo demás. Con las pausas que precisemos para ir gozando del paisaje llegamos hasta las proximidades de las antenas. Y es que parte de estos solares dominantes fueron aprovechados para la instalación de varias torretas de telecomunicaciones, a cuyo servicio se construyó la pista de acceso por la que hemos llegado. Podemos avanzar un trecho más para alejarnos parcialmente del influjo de esas ondas electromagnéticas de sospechosa incidencia ambiental.

Llegamos así hasta un pequeño mirador construido para aliviar la sensación de vértigo que se origina al asomarse hacia el abismo. Apoyados sobre el pretil podemos contemplar, más confiados, el grandioso panora-



Formación geológica de Las Buracas



Puente de Piedra de Villabuena

Rutas a pie por tierras DE ZAMORA



El recorrido

Distancia desde Zamora
35 km

Longitud total del trayecto
4 km

Tiempo aproximado
1 h 30 m

Dificultad: **Baja, cuevas empinadas, despeñaderos**

Detalles de interés:
Puente histórico, vistas panorámicas, iglesia, vestigios arqueológicos

pultura campaniforme, de hace unos cuatro mil años. Su ajuar contenía las tres vasijas típicas de esa cultura, la cazuela, el cuenco y el vaso, además de un puñal, un botón de hueso, una placa de arenisca con agujeros y una cinta de oro muy delgada. La familia o tribu de ese personaje allí enterrado pudo ser la creadora y residente en esas enigmáticas cavidades citadas. Al parecer por esos mismos parajes también se hallan fragmentos de tegulas que demuestran la existencia de algún poblamiento en época romana.

Después de haber terminado el recorrido, de unos cinco kilómetros en esta ocasión, y ya entre las casas del pueblo, preciso es conocer las características de la iglesia, que es el monumento local más importante. Su cronología, en las formas actuales, abarca parte de los siglos XVIII y XIX. En su aspecto externo veremos un edificio sobrio, creado con sillería obtenida de la peculiar arenisca de la comarca. Destaca su fachada del poniente, con la portada de arco rebajado limitada por dos parejas de recios contrafuertes. Como coronamiento se yergue una noble espadaña de tres vanos y remate triangular. De sus riquezas internas sobresale el retablo principal. Es una obra renacentista, de finales del siglo XVI, creado posiblemente por Antonio Ribera, con la colaboración del pintor Baltasar de Coca, artistas, ambos, de los talleres toresanos. Además de esculturas de bulto entero, destacan los relieves con escenas del nacimiento y pasión de Cristo. Una esmerada y bien merecida restauración ha devuelto el esplendor a la obra, deslucida antes por la suciedad y los repintes.

Como pueblo grande y pujante que es, existen diversos bares en los que reponer fuerzas. En las cercanías también hallamos algunas bodegas modernas, donde se elaboran vinos de calidad. No en vano estamos en plenos espacios de la denominación de Vinos de Toro, ciudad de la que dista unos 17 kilómetros.

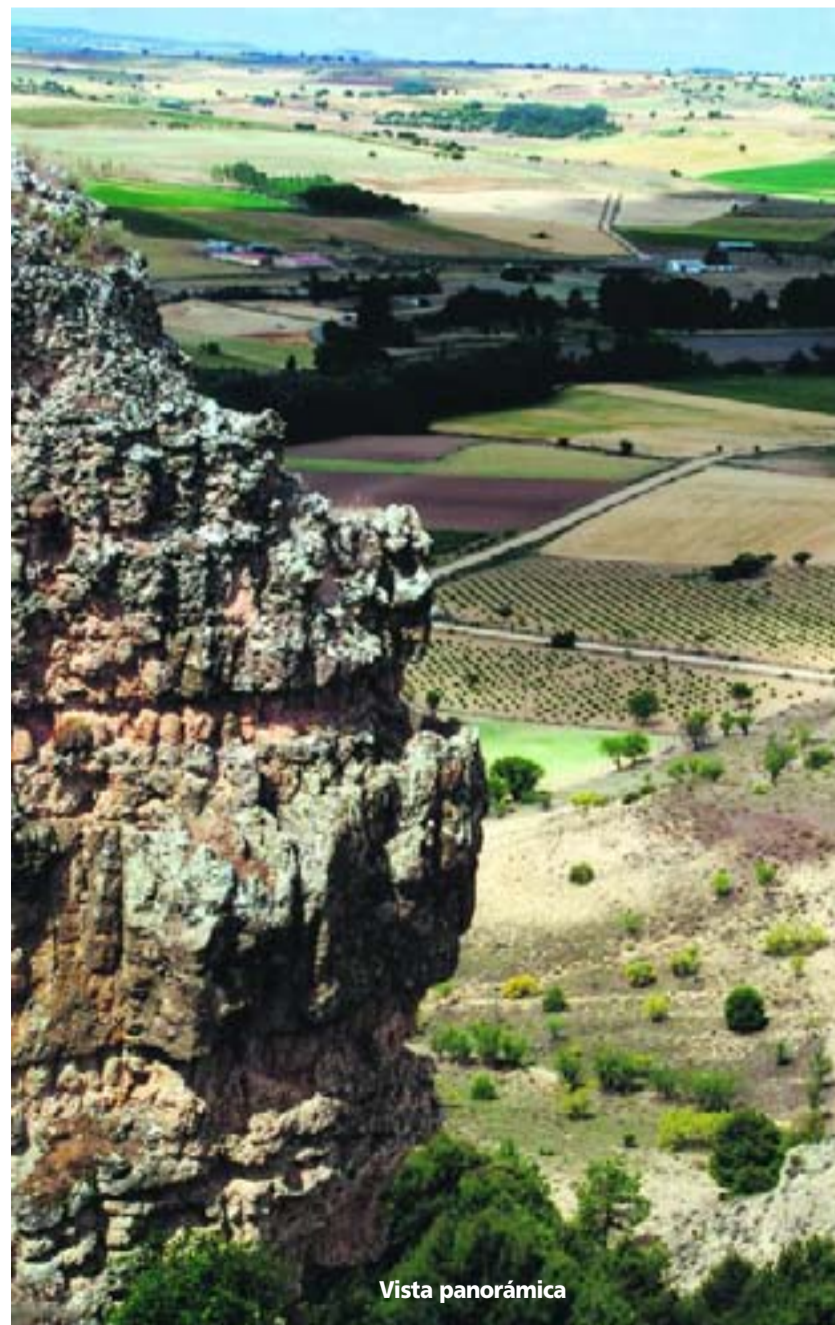
ma que se presenta ante nuestros ojos. Abajo, en primer plano, queda el pueblo, con sus edificios apiñados, de entre los que destaca la iglesia por sus volúmenes regulares. En torno a todo el núcleo, con las formas de un arco casi trazado a compás, el río se hace presente por la cinta de verdor de las alamedas que prosperan junto a sus orillas. Hacia el sur el valle se prolonga hasta perderse en la lejanía. El cromatismo es rico y muy variado, con matices que dependen de la época del año en la que estemos. Las superficies geométricas de las parcelas forman en su conjunto un tapiz incomparable. Los diferentes tonos del verde se combinan con los amarillos de los barbechos y los ocres de las tierras desnudas. Si atendemos a los rebordes inmediatos, a un par de pasos la planicie sobre la que estamos se precipita en vertical y ese corte superior posee ciertas irregularidades que hacen peligroso el aproximarse demasiado. Aún así, desde diferentes puntos podemos apreciar la arrogancia del acantilado y un atrevido peñón que se yergue como monolito. Ese límite superior se presenta yermo, ya

que carece de tierra vegetal. Admiramos el tesón de esas pequeñas plantas que resisten sobre las rocas. En algún lugar nos las llamaron uñas de gato y a su carnosidad se debe el poder resistir la aridez absoluta que han de soportar en los largos períodos veraniegos.

Pero la desnudez superior no es total. Allá arriba se plantaron unos pocos de pinos que son adultos ya. A su sombra se han instalado unas cuantas mesas con sus bancos respectivos, formando un merendero acogedor. Resulta grata la estancia allí, pero inquieta siempre el pensar en la concurrencia con niños, dado el riesgo del inmediato despeñadero.

Hemos de reanudar nuestra ruta. Siguiendo por el borde, éste sufre un quiebro en su aparente línea recta, a la vez que pierde verticalidad. Las fincas aradas se arriman hasta el mismo extremo del cortado, lo que dificulta el avance. Pero allí mismo existe un sendero que baja directo hacia los espacios inferiores y podemos aprovecharlo. El descenso es considerable, mas se puede realizar sin riesgo. Una vez abajo hay que dirigirse hacia el buen camino que oteamos desde lejos. Por él hemos de regresar cómodamente hasta el pueblo, después de cruzar el río por un puente funcional de hormigón. Desde esta parte del trayecto podemos contemplar el corte rocoso en toda su dimensión. Apreciaremos que está formado por estratos de distinta composición y resistencia. En ellos se observan algunas grietas y, por debajo, bloques desprendidos de las masas superiores. En la zona más escarpada, justo en la vertical de las antenas, se divisan dos grandes oquedades, con aspecto de cavernas. Son las denominadas Buracas, abiertas a media altura en el cortado. Al parecer son cavidades artificiales, creadas como refugios, ya que el acceso hasta ellas es imposible sin cuerdas o escalas. Algunos osados que han trepado hasta allí cuentan que son espacios holgados, en los que se puede caminar de pies, pero que su profundidad no es mucha. Aseguran que se notan en sus paredes las huellas de los picos con los que fueron excavadas. A la vista no hallaron ningún objeto, por

lo que es difícil identificar el ignoto grupo humano que las perforó. Quizás sean espacios eremíticos de la Edad Media o tal vez refugios prehistóricos muy anteriores. Interesante es saber que al plantar esos pinos, ya altos, que prosperan en las laderas inferiores, un obrero encontró una se-



Vista panorámica

